

do á Abraham. Ya no van á perseguir en las llanuras de Gabaon, al Jebuseo, al Amorrheo y al Phereseo, sino á sus propios hermanos, á sus hermanos á quienes están unidos con los vínculos mas estrechos que pueden unir á los hombres, los de la sangre y de la religion.

Los ancianos de Israel se reunieron en Maspha para deliberar sobre lo que se habia de hacer con Benjamin; y resolvieron unánimes llevarle la guerra y destruirlo. Con tal objeto se juntaron en Silo los gefes de todas las tribus con la gente que se hallaba en estado de tomar las armas; cuatrocientos mil guerreros componian el ejército, que solo esperaba la señal de su caudillo para arrojarse como un huracan sobre el pais de Benjamin.

El odio que los hijos de Israel profesaban á aquella tribu, era tal, que en medio de su despecho juraron que ningun israelita daria jamas la mano de una hija suya á benjamita, so pena de atraerse sobre sí la cólera y maldicion del pueblo escogido.

Llegó el dia señalado para dar principio á la campaña: todo el ejército se postró delante de la tienda que guardaba el Arca del Señor, é imploró su auxilio; pero sus oraciones no eran puras; sus corazones estaban henchidos de orgullo, creyéndose invencibles por su gran número, fiándose mas en sus propias fuerzas que en el poder de Jehová. Salieron, pues de Silo y asentaron sus reales enfrente de los muros de Gabáa.

Los hijos de Benjamin no habian estado ociosos. A los primeros amagos de la guerra se reunieron en su ciudad para consultar lo que se habia de hacer para resistir á los enemigos: en lo primero que se pensó fué en nombrar un caudillo que reuniese todas las cualidades necesarias para gobernar la tribu en aquellas horrosas circunstancias y que dirigiese al mismo tiempo la campaña. Despues de que se hubieron propuesto á varios de los principales de la tribu para que la presidiesen durante la guerra, ninguno pudo reunir el voto general del pueblo: se dividieron las opiniones; unos querian á este por jóven, otros á aquel por viejo; de manera que pronto se vió la ciudad dividida en dos poderosos bandos prontos á decidir por la fuerza de las armas aquello que no habian podido convenir en paz; pero los ancianos mas respetables, les hicieron presente los funestos resultados de su discordia, y que era mas acertado inscribir los nombres de todos los que se juzgasen dignos de obtener tan alto cargo, y echarlos en una urna de marfil, y el que le to-

case en suerte gobernarlos, fuese inmediatamente obedecido por todos.

La propuesta del anciano fué aceptada, é inmediatamente se echó suerte, y esta recayó en Jonás: toda la tribu recibió con satisfaccion y entusiasmo la nueva de que el jóven Jonás era el caudillo que los habia de conducir á la campaña. Jonás era apreciado de todo el pueblo por su valor, su modestia, su afabilidad y sobre todo por su pericia militar: pues siendo como eran los benjamitas inclinados á la guerra, sabian distinguir las ventajas de un buen general. El Benjamita se acostumbraba desde su infancia á toda clase de ejercicios que le hiciesen ágil y robusto, llegando á manejar las armas con tal destreza, que con la misma facilidad se servia de la mano derecha que de la izquierda.

Jonas, con la actividad de un buen general, fortificó lo mejor que pudo la ciudad; armó y disciplinó sus tropas, y esperó con firmeza que se aproximase el enemigo.

Muy pronto se vió sitiado por un ejército que era diez veces mas numeroso que el suyo; pero esto, léjos de intimidarle alentaba su valor. El tiempo pasaba y los sitiadores no se decidian á escalar los muros; Jonas impaciente por venir á las manos con los enemigos de su patria, no pudo permanecer por mas tiempo encerrado en la ciudad, así es que, arrojándose repentinamente con sus valientes soldados fuera de las murallas, arrolló todos los escuadrones de Israel que se le oponian al paso, llevando por todas partes donde se presentaba la desolacion y la muerte. Un terror pánico se apoderó de los israelitas, al verse combatidos por todas partes por sus enemigos, y apelaron por último recurso á una vergonzosa fuga, refugiándose los que quedaron con vida en Silo.

Los israelitas, pasados algunos dias, pensaron volver de nuevo á buscar á sus enemigos; pero ántes se postraron delante de el Arca Santa, imploraron el auxilio del Señor, y marcharon en seguida sobre la ciudad Gabáa.

Volvieron, pues, los hijos de Israel á llevar sus numerosas huestes contra los benjamitas, á quienes creian desapercibidos, por lo que entendieron que en esta accion les seria muy fácil el sorprenderlos y vencerlos; pero se engañaron, porque el guerrero que defendia á Gabáa no era de esos seres mezquinos que se embriagan con una victoria. Habia previsto lo que debia sobrevenir; y por tanto, en lugar de entregarse al ocio, procuró fortificar mas y mas la ciudad, sin descuidar por eso la observancia de la mas rigurosa disciplina en sus tropas.

Entretanto los israelitas ordenaban sus escuadrones á muy corta distancia de los muros de Gabáa, esperando que los benjamitas saliesen á combatir con ellos. Jonás no se hizo esperar mucho tiempo, y salió á buscarlos á la campiña; pero no ya con la impetuosidad con que habia salido en el anterior combate para sorprender á los israelitas que estaban desapercibidos; sino con toda la precaucion necesaria para combatir con unos soldados que no se dejarían tan fácilmente arrollar despues de haber recibido una leccion tan fuerte en la anterior campaña.

Jonás condujo á sus benjamitas con el mayor orden hasta una colina, desde cuyo punto comenzó á molestar al enemigo, descargando sobre él una densa nube de dardos y de flechas. Los de Israel avanzaron sobre la colina y atacaron con el mayor impetu á los que la defendian, pero fueron rechazados vigorosamente con pérdida considerable de gente; no por esto desmayaron, antes bien, volvieron de nuevo á la carga, corriendo la misma suerte que la primera vez. A pesar de la pérdida que ya habian sufrido, quisieron hacer el último esfuerzo, y se precipitaron sobre los benjamitas con tanta furia, que estos apenas pudieron contenerlos; pero en este crítico momento, Jonás ordenó á la caballería que saliese de las emboscadas en donde estaba oculta, la cual flanqueó á los enemigos en todas direcciones; y no pudiendo ya entónces sostenerse los hijos de Israel, se desordenaron completamente y apelaron por último recurso á la fuga. Los benjamitas los persiguieron largo trecho y volvieron para recoger los despojos del enemigo.

Jonás volvió á Gabáa al frente de su ejército victorioso, y al entrar, gozó del hermoso espectáculo de ver á todo un pueblo entregarse entusiasmado al regocijo, por el nuevo triunfo que acababa de obtener. No quiso admitir la parte del botin que le correspondia como gefe, contentándose únicamente con los laureles que habia recogido en el campo de batalla, y lisongeándose de poderlos ofrecer algun dia á los piés de la hermosa que habia cautivado su corazón.

Jonás, que conocia la tenacidad de sus enemigos, estaba seguro de que tan luego como se repusieran un tanto de su derrota, no dejarían de volver á emprender la campaña. Por lo tanto pensó en prevenirse, y al efecto mandó que todas las tropas se ejercitasen de continuo en el manejo de sus armas, y que estuviesen prontas á marchar como si tuviesen al enemigo á las puertas de la ciudad. Pero los benja-

TOMO I.

mitas que se habian enriquecido con los despojos de los hijos de Israel, ya no querian exponerse á los peligros de una nueva campaña, y comenzaron á insubordinarse: Jonás era firme por carácter, y quiso obligarlos á volver al orden; y de aquí tomaron pretexto los envidiosos de sus glorias para acusarlo de querer mandar al pueblo como soberano absoluto, queriéndolo oprimir con el peso de su poder. Aquel pueblo, siempre celoso de su libertad, sin atender á los consejos de la razon y de la justicia, depuso á Jonás, y confirió el mando del ejército á Zabulon, jóven inesperto, orgulloso y tenaz.

IV.

Presto llegó á Silo la noticia de la nueva derrota de los hijos de Israel, la consternacion fué general, y no habia familia que no llorase la pérdida de algun pariente ó de algun amigo. Los ancianos serasgaban las vestiduras, se vestian de cilicios, y se cubrian de ceniza la cabeza, dando muestras del mas profundo dolor. Otros salian de sus casas llorando y mesándose los cabellos; porque el Señor los habia abandonado y los entregaba en poder de sus enemigos. ¡Cómo es posible, gritaban, que una sola tribu triunfe de la fuerzas reunidas de Israel! ¡Dios de Abraham y de Moisés, esclamaban, tú que libraste á tu pueblo escogido del yugo de los egipcios, que lo condujiste por el desierto y lo alimentaste milagrosamente; por qué ahora apartas tu vista de nosotros, y nos entregas en manos de aquellos que se han separado de tí poniendo en olvido tus santas leyes?

La tristeza y el desconsuelo eran generales en Silo, y mas se aumentó cuando vieron entrar los restos del ejército, tintos de sangre, cubiertos de polvo y estenuados de fatiga. El anciano que volvía á ver á su hijo, creía que la tumba se lo devolvía: la esposa abrazaba al esposo, y como asombrada y temiendo que no fuese un sueño, lo tocaba por todas partes, le pasaba la mano por el rostro y esclamaba: ¡sí, él es, él es! ¡vive todavía! y lo estrechaba de nuevo entre sus brazos.

Zara entretanto vivia retirada en su aldea de Jesser, orando dia y noche por la conservacion de la vida de Jonás; de vez en cuando llegaban á sus oidos los triunfos de Benjamin sobre Israel; pero estos triunfos, léjos de consolarla, la afligian mas, porque consideraba los raudales de sangre que se estaban derramando entre sus hermanos.

Algunos dias despues de la catástrofe que habian sufrido las armas de Israel, y cuando es-

los pudieron recobrar un poco de su espanto, la calma fué renaciendo poco á poco en los corazones. Los ancianos y los gefes de la nacion pensaron en reunirse y deliberar sobre el partido que se debia tomar en semejantes circunstancias. Con tal motivo, Ruben, tuvo que ir á Silo para asistir al consejo, y llevó consigo á su interesante hija. Reunidos que estuvieron los ancianos se abrió la discusion, la cual fué muy acalorada, pues unos querian que se prosiguiese la guerra, y otros estaban por la paz y porque se restituyesen todos á sus hogares, dejando á la tribu de Benjamin como segregada de la nacion hebrea; pero Booz, que era un anciano á quien todo el pueblo miraba con veneracion y respeto, levantándose de su asiento, dijo:—¿Qué es lo que escucho, hijos de Israel? ¿será posible que antes de que tomeis una resolución, no penseis primero en consultar al Señor, sobre lo que se debe hacer en circunstancias tan angustiadas? ¿Pensais que podeis obrar arbitrariamente sin licencia del Dios de nuestros padres? Consultémosle, roguémosle que nos dé á conocer su santa voluntad, y obremos segun sus deseos: tal vez será ya tiempo de que nos entregue á nuestros enemigos; pero si es su voluntad que nos volvamos en paz á nuestros hogares, lo haremos, pero será con su consentimiento.

Toda la asamblea fué del parecer de Booz, é inmediatamente pusieron en obra el consejo de este anciano. El gran sacerdote entró en la tienda en que estaba el Arca de la Alianza, y penetrando hasta el *Sancta Sanctorum*, lugar á donde no era permitido entrar sino al sumo pontífice, este se postró delante del tabernáculo, y despues de una ferviente oracion, espuso el deseo que tenia el pueblo de saber cual era su voluntad respecto de la guerra con Benjamin: el Señor le respondió.—„Que salgan mañana á combatir con Benjamin, que yo lo entregaré en sus manos.” La respuesta fué comunicada inmediatamente á los caudillos de Israel, y estos se prepararon inmediatamente á la guerra, con aquella confianza que les inspiraba la proteccion de Jehová. Todo el ejército mezclado con el pueblo se postró delante de la Arca santa, é hicieron oracion porque el Señor los protegiese y los hiciese triunfar de sus enemigos.

Ya no son aquellos soldados orgullosos que en la primera campaña confiaban tanto en sus propias fuerzas, son los guerreros de Israel que ponen toda su confianza en el Señor, en aquel Gran Ser que dá y quita los imperios, y concede ó niega la victoria segun su voluntad.

Los niños y las vírgenes, elevando al cielo sus tiernas é inocentes manos, cantaban en coro al Dios de sus mayores las siguientes estrofas:

CORO.

De tu estrellado sólio
Jehová, mira á tus hijos,
De sus males prolijos,
Ten, ¡oh Señor! piedad.

Da á tu Israel querido
Valor y fortaleza,
Y humilla la altiveza
De su enemigo audaz.

De tu estrellado sólio etc.

Del benjamita fiero
Que de amargura y pena
El corazon nos llena
Libra á tu pueblo ya.

De tu estrellado sólio etc.

De tu esforzado brazo
Sienta el furor potente,
Y humillese su frente
Que empañá la maldad.

De tu estrellado sólio etc.

Y de Jacob al pueblo
Que en tan infausto día
Sus súplicas te envía,
Perdona, Jehová.

De tu estrellado sólio etc.

Zara descollaba en medio de las vírgenes que cantaban al Señor, como descuella la erguida palma en medio de un bosque de limoneros: apenas podia sostenerse en pié, y estaba pálida y melancólica, temia un nuevo desastre, temia no volver á ver á su Jonás, y que este sucumbiese bajo el poder formidable de Israel.

Marcharon inmediatamente los israelitas, y dos horas despues de puesto el sol, llegaron á las inmediaciones de Gabáa é hicieron alto, emboscándose durante la noche parte de las tropas, mientras el resto del ejército aguardaba impaciente la venida del nuevo día.

Apénas los primeros rayos del sol doraban las cumbres del Libano, cuando un trozo de israelitas avanzó sobre la ciudad en actitud hostil. Zabulon, que como hemos dicho, era el gefe que había reemplazado á Jonás, luego que

los aperció formó sus escuadrones y se precipitó al encuentro de sus enemigos: estos cuando vieron que se aproximaban los de Benjamin echaron á huir; Zabulon creyendo que el temor se había apoderado de Israel, cargó con mas confianza sobre ellos y los fué persiguiendo un trecho; cuando los israelitas observaron que los habian alejado bastante de la ciudad volvieron caras y dieron principio á un terrible y sangriento combate; al mismo tiempo salieron las tropas que estaban emboscadas y atacaron á los de Benjamin por la retaguardia; la rabia se apoderó de sus corazones al verse cercados por todas partes, y resolviéndose á vender caras sus vidas, se renovó el combate con mas furor que antes. Los habitantes de Gabáa que lo habian estado presenciando desde lo alto de las murallas, vieron cercado á Zabulon, y suplicaron á Jonás que olvidase todo resentimiento, y que saliese con la poca gente armada que habia quedado en la ciudad á socorrer á sus compatriotas. Jonás, que amaba á su patria tanto como á Zara, no dudó un momento en salir al auxilio de sus conciudadanos y marchó apresuradamente al campo con la poca gente que pudo seguirle. Antes que llegara al lugar del combate, los benjamitas habian logrado romper la linea que los cercaba y se retiraban desbandados y perseguidos por los israelitas: Zabulon habia sucumbido bajo los golpes enemigos. Jonás contuvo á los hijos de Israel y aun los hizo retroceder un buen trecho; pero volviendo de nuevo á la carga auxiliados por nuevas tropas que habian estado de reserva, trabose de nuevo la batalla. Por ambas partes peleaban con un furor frenético, la carnicería era atroz, los combatientes no anhelaban mas que matar, cuidándose muy poco de defenderse. Jonás hizo prodigios de valor, animaba á sus compañeros con la voz y con el ejemplo: ¡pero cómo contrarrestar un ejército protegido por el brazo de Dios! En lo mas recio del combate observó que los benjamitas que poco antes habia encontrado perseguidos por Israel y que se habian dirigido á la ciudad, retrocedian espantados hácia donde él estaba, gritando: ¡Gabáa ha sido tomada, ningun recurso nos queda ya. Parte de los israelitas que se habian apoderado de la ciudad salieron á reforzar á los que todavía combatian con Jonás, y muy pronto se vió este cercado por muros inaccesibles de lanzas que le cortaban por donde quiera la retirada. La sangre corria á torrentes y los soldados no pisaban sino sobre montes de cadáveres y de moribundos: casi todo el ejército de Benjamin yacia tendido en el campo

de batalla; Jonás tinto en sangre, cubierto de polvo y roto en mil pedazos su casco y armadura, se introducía por en medio de los escuadrones enemigos en donde sembraba el terror y la muerte; pero á pesar de sus proezas, conoció con dolor que era imposible ya sostenerse, y reuniendo como pudo los pocos compañeros que le quedaban, que eran en número de seiscientos, hizo un formidable empuje por una parte, y abriéndose paso por en medio de las picas enemigas, tomó con sus compañeros el camino del desierto.

Los de Israel no quisieron emprender su persecucion, y volvieron toda su rabia contra la ciudad de Gabáa que incendiaron, y á cuyos habitantes pasaron á cuchillo, sin respetar edad ni sexo.

V.

¿Por qué, Israel, en vez de levantar la frente orgulloso y cantar tu triunfo, dejas caer lánguidamente la cabeza hasta tocar el pecho con la barba, y sollozas, y lloras y no encuentras consuelo? ¿Dónde está tu brio en los combates, tu furor en el incendio y los estragos de Gabáa? ¡Cuán tarde te has arrepentido de tu crueldad para con tus hermanos!

Habian pasado cuatro meses desde que fué destruida Benjamin, cuando el pueblo de Israel postrado delante de la casa de Dios, en Silo, levantaba la voz hasta el cielo, diciendo, ¿cómo es posible, Dios de Jacob, que permitas que perezca una de nuestras tribus? Verdad es que seiscientos varones se han escapado del filo de nuestros aceros, los cuales se hallan refugiados en la Peña de Remmon; pero hemos hecho un juramento, por el cual nos comprometimos á no dar á nuestras hijas por mugeres á los benjamitas, y sin embargo es preciso conservar á toda costa la tribu; ¿mas cómo podrá ser esto? Al efecto convocaron de nuevo á los ancianos para que decidiesen sobre lo que se debia hacer con los refugiados en Remmon, los cuales resolvieron la destruccion de la ciudad de Jabes-Galaad por no haber querido contribuir para la guerra de Benjamin, y pasar á cuchillo á todos sus moradores, dejando con vida únicamente á todas las doncellas para dárselas á los benjamitas que habian quedado, y de esta manera poder conservar la tribu.

Mientras se ejecutaban las órdenes del consejo, respecto de la destruccion de Jabes-Galaad, Jonás, favorecido por las sombras de la noche habia bajado de la Peña de Remmon internándose en el país de Israel hasta llegar á Silo, que

era en donde vivia la jóven Zara; y presentándose á ella en el momento en que esta se hallaba sentada á la puerta de su casa, triste y melancólica pensando en Jonás, sin saber todavía qué suerte habia corrido en la destruccion de su tribu, oyó aquella una voz débil que la llamaba; pero que reconociendo al momento ser la de su amante, quiso levantarse; mas las fuerzas le faltaron: Jonás hincó una rodilla en tierra le cogió una mano y la estrechó contra su corazón.—Zara, le dijo, hermosa Zara, no temas, yo soy, tu Jonás, á quien haz jurado una fé eterna, Jonás, á quien la desgracia persigue; pero que te ama aun con mas ardor que nunca; dime que todavía me amas, dímelo, hermosa Zara, que oiga yo de tus lábios aquellas encantadoras palabras que en dias mas felices me repetiste tantas veces.—¿Que si te amo? respondió Zara, con trémula voz: ¿y has podido dudarle? toca mi corazón, él palpita, ¿y por quién? ¿por quién? sino por tí á quien amo, á quien siempre he amado con todo mi corazón, ¿por quién, dime, he sufrido tantos pesares durante esta guerra fratricida? ¿por quién? por tí, por Jonás, por aquel jóven que supo conquistar mi corazón, y que ha sido mi primero y será mi último amor.—Basta, mi bien; basta, ya no temo la miseria de que me hallo agobiado; la hambre, la sed, las fatigas, todo lo desprecio, pues me queda tu amor, tu amor que es el solo bien que me queda sobre la tierra.—Pero dime, repuso Zara, ¿estás oculto en alguna parte? ¿corres algun peligro? dímelo, no me ocultes la verdad, tu Zara te lo suplica.—No temas nada, querida mia, estoy refugiado con otros compañeros que pudieron salvarse, en la Peña de Remmon: los ancianos de Israel han dispuesto la destruccion de Jabes-Galaad, y que sus doncellas sean distribuidas entre mis hermanos; pero yo no seré de otra mas que de tí, yo no sé como podré conseguirlo; pero lo conseguiré, el corazón me dice que lo conseguiré.—Parto á reunirme con mis hermanos ántes de que amanezca, ten confianza en el Señor, que él no nos abandonará: adios, Zara mia, muy pronto volveré á unirme contigo para no separarme jamas. La estrechó entre sus brazos, le besó la frente y partió con la celeridad del relámpago.

Pocos dias habian transcurrido despues de la entrevista de los dos amantes, cuando se vieron entrar en Silo cuatrocientas doncellas que habian sido tomadas en Jabes-Galaad. Se dispuso inmediatamente el mandar una comision á los benjamitas, concediéndoles la paz, y que bajasen á Remmon á tomar las doncellas que les estaban destinadas para que pudiesen vol-

ver á restablecer su tribu. Bajaron en efecto, en número de seiscientos que eran los refugiados; pero como las doncellas no eran mas que cuatrocientas, doscientos benjamitas quedaron sin mugeres: para cubrir esta falta los ancianos les aconsejaron que se escondieran en las viñas que estaban en las inmediaciones de la llanura de Bethel, en donde las doncellas de Silo acostumbraban formar danzas para celebrar el dia de la *solemnidad del Señor*, que estaba muy próximo: y que saliesen repentinamente y cada cual cogiese una doncella y que esta fuese su muger, marchándose inmediatamente al pais de Benjamín. Así lo hicieron, y viniendo á querellarse los padres y los hermanos de las doncellas robadas, los ancianos los aplacaron, diciéndoles:—Tened lástima de ellos, pues no las han tomado como los vencedores, cautivas, sino para esposas: vosotros teneis la culpa, no quisisteis concederlas cuando os las pedian con ruegos y con lágrimas en los ojos.

En cuanto á Jonás no quiso seguir el consejo que los ancianos les habian dado, sino que se presentó al padre de Zara y le dijo:—Respetable Rubén, yo amo á tu hija desde ántes que estallase nuestra fatal guerra: cuando Zara entregó su corazón, aun no habíais hecho ese fatal juramento, y por consiguiente ese juramento en cuanto á vos es malo: sin embargo, yo he podido llevarme á vuestra hija por la fuerza cuando danzaba con sus compañeras en Bethel; pero no he querido afligir al padre de la que amo mas que mi existencia: tu esclavo soy; pero concédeme á tu hija, yo te serviré lo mismo que nuestro padre Jacob sirvió á Labán por obtener á la hermosa Raquel; estará siempre sumiso á tus mandatos Jonás, aquel que hizo temblar tantas veces á las huestes de Israel.—Generoso jóven, respondió Rubén, tú pudiste arrebatarme á mi hija, á mi único tesoro, y no lo hiciste; el dolor hubiera desgarrado mi corazón y hubiera bajado al sepulcro cubierto de vergüenza, y tú no lo has querido: esta es una deuda que te debo y que es mi deber pagar; pues bien yo quiero pagarte: tuya es Zara, no serás mi esclavo, serás mi hijo, vivireis ambos conmigo el poco tiempo que me queda de vida, y cerrareis mis ojos cuando el Señor me llame á descansar con mis antepasados. Zara, da la mano de esposa á Jonás, hazlo feliz practicando las lecciones de virtud que te enseñó tu madre Nohemí y que ahora yace en paz en el sepulcro.

A. RODRIGUEZ.

De la envidia á la crítica no hay mas que un paso.

GALERÍA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

INTRODUCCION.

Á primera vista parecerá inútil recomendar el estudio de la historia patria, pues apénas puede concebirse objeto mas interesante á cualquiera amante de las letras, que conocer los diversos acontecimientos que se han sucedido en el pais donde vió la primera luz; con todo, no podemos lisonjearnos por desgracia de que esta verdad sea tan manifiesta cual quisiéramos, pues por unos cuantos que se dedican á tan útiles como curiosas investigaciones, el comun de las gentes ignora totalmente lo que mas le importara conocer. Así vemos jóvenes de claros talentos y de suficiente instruccion, que pudiendo muy bien ser los dignos cronistas de su patria, consumen su tiempo y sus tareas en el estudio de la historia de otras naciones, que aunque provechoso y necesario, no debiera absorber esclusiva sino secundariamente su atencion.

Afortunadamente este mal comienza á ser menor, y se nota con el mayor placer el abinco de muchas personas, de todas clases y condiciones, por saber cuanto hace relacion á su patria México, á la parte mas hermosa del nuevo continente.

Nuestra historia, por otra parte, así la antigua como la moderna, no es conocida en Europa con alguna exactitud, sino de unos cuantos literatos distinguidos; y todos los otros, no saben mas de lo que refieren algunos viajeros ignorantes y algunos historiadores embusteros, que se han complacido siempre en envilecernos, pintándonos con los coloridos caprichosos que les ha sugerido su desvariada fantasia. Confesaremos tambien en obsequio de la verdad, que aun en Europa, si no tienen muchos conocimiento de nuestra historia, han aprendido por lo menos á desconfiar de las mismas relaciones á que antes daban ciega creencia.

Motivos tan poderosos nos han determinado á dar un lugar preferente en nuestro periódico á cuanto concierna á la historia de México, tanto antigua como moderna, y á no perdonar trabajos de ningun género que se encaminen á

popularizar la aficion á estudio tan importante. Mas queriendo ser lo mas útiles que nos fuese dable, y juzgando que lo conseguiriamos emprendiendo un trabajo, que aunque penoso, diese á conocer un período mas largo de nuestra historia; despues de pensar con madurez, de recoger los documentos mas preciosos que nos ha proporcionado nuestra diligencia y la de nuestros apreciables colaboradores y amigos; y finalmente, despues de haber consultado con personas respetables por su saber, nos resolvimos á escribir una GALERIA DE LOS VIREYES DE MEXICO por orden cronológico, lo que será indudablemente mas provechoso que la historia aislada de cualquiera de ellos. Mas nos parece indispensable dar una breve noticia del método que nos hemos propuesto seguir, para que así sepan nuestros lectores lo que deben esperar y no se engañen aguardando mas ó menos de lo que les tengamos ofrecido.

Es necesario recordar el carácter de nuestro periódico, que lo mismo que cualquiera de su clase, tiene por objeto difundir la instruccion entre algunas personas, y servir de pasatiempo á todas; es pues indispensable procurar que no resulte tan árido, que solo despierte la curiosidad de los iniciados en las ciencias, ni tan frívolo que pueda servir solo para personas que ni saben nada ni apetecen salir de su ignorancia. Esta reflexion indica suficientemente el camino que deberemos seguir. No escribiremos cuantos hechos sepamos, sino los mas notables por cualquiera razon, evitando de este modo una cansada prolijidad; y un artículo de este género podrá ser muy útil, siempre que el escritor tenga tino en la eleccion de lo que calla y de lo que refiere.

Como nuestro objeto único es la historia de México, no pondremos una *biografía* de cada virey, sino una relacion de su *gobierno*, que mostrará el estado de nuestro pais, en aquel tiempo, las intenciones que tenia respecto de él la metrópoli de Castilla, los adelantamientos, que aunque lentos, iban haciéndose en las

artes y en las ciencias, el estado de mayor ó menor opresion en que estaban los naturales de este suelo; por último, cuanto juzguemos conducente á nuestro propósito de excitar la curiosidad de nuestros lectores para que indaguen con ardor lo que nosotros apuntaremos solamente. Despues de haber estudiado un poco nuestra historia, podrá decirse quienes tienen razon, si los que creen que la Nueva-España caminaba á la par de la península dominadora, ó los que sostienen que ni un rayo de luz atravesaba la noche tenebrosa en que yacia sumergido el mundo de Colon. Quizá ambas opiniones son inexactas por demasiado exclusivas.

Acompañaremos el retrato de cada virey, sacado con toda fidelidad de los que se conservan en el Museo Nacional; lo que ademas de dar idea de los trages de la época, servirá de que se conozcan algunas obras de los pintores mas célebres que florecian entónces en México, pues eran los que retrataban siempre á los vireyes, y señalará ademas los adelantamientos ó la decadencia de la pintura.

Baste lo dicho para conocer nuestro plan, y para que siquiera nos sirva de disculpa la pureza de nuestra intencion, siempre que no acertaremos á dar á nuestra empresa su debido cumplimiento.

D. ANTONIO DE MENDOZA.

PRIMER VIREY DE LA NUEVA-ESPAÑA.

(1530.)—REINABA Carlos V. en España; las acusaciones contra Nuño de Guzman y los oidores Matinezo y Delgadillo, que entónces gobernaban en México, eran tan frecuentes y tan terribles, que el emperador pensó seriamente en remediar los males gravísimos que agobiaban á sus nuevos pueblos. Mas estando en visperas de partirse á Flándes, encomendó á la emperatriz que proveyese; y esta juzgó que lo mas conveniente seria establecer un vireinato en la Nueva-España. Puso primero los ojos en el conde de Oropesa y en el mariscal de Fromesta, quienes se escusaron con diversos pretextos; despues en D. Manuel Benavides, que no fué elegido por pedir mucho dinero y una exorbitante autoridad; y por último confirióse el cargo á D. Antonio de Mendoza, conde de Tendilla, y camarero de S. M., el cual no pidió mas tiempo para partir, que el necesario para arreglar sus negocios; y á fin de que no siguiesen los abusos que se trataba de corregir, el tiempo que dilatase Mendoza, nombró tambien la emperatriz una nueva audiencia, presidida por D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de la Española, y compuesta de los licenciados Vasco de Quiroga, Alonso Maldonado, Francisco Cainos y Juan de Salmeron.

Fuenleal, hombre íntegro y benéfico, gober-

nó con sabiduría y logró aliviar todo lo posible el yugo que pesaba sobre este suelo, y Vasco de Quiroga ha dejado en Michoacán y en todo México un nombre tan claro, que seria inútil encomiarle, cuando su elogio mas cumplido lo forman las lágrimas de ternura que aun hace derramar su memoria.

(1535.)—El año de 1535, segun Cayo y Herrera, llegó á México Mendoza con carta para Fuenleal, y fué recibido con la suntuosa pompa que correspondia al representante de Carlos V.

Las instrucciones que trajo para su gobierno merecen apuntarse aunque sea ligeramente. Eran relativas, unas, al aumento de la religion y del culto divino, respeto á los religiosos, y conversion y buen tratamiento de los indios y castigo de los clérigos escandalosos; otras á la ereccion de una casa de moneda para acuñar plata, que se rigiese por las mismas leyes de las de España, dadas por los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel. Se le prevenia que buscase y aplicase al *Fisco Real* todas las riquezas que estuviesen encerradas en los sepulcros y templos de los indios, y que habían sido puestas para sacrificar al demonio: que proveyese so graves penas que nadie vendiese armas á los indios, ni se las enseñasen á labrar,

Vico Mexicano.



D. ANTONIO DE MENDOZA

(1.^{er} Virey de la Nueva España.)